



BIOGRAFÍAS PARA NIÑOS



José María Velasco

I
F1208
J3
EJ.24 (21578)
BIB. No. 1

**José María
Velasco**

INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA





E

El ilustre pintor mexicano

ENTRE MONTAÑAS Y VALLES

José María Velasco nació el 6 de julio de 1840 en Temascalcingo, población ubicada en un pequeño valle al poniente del Estado de México.

El estado natal de José María se localiza en el centro del país, muy cerca de la capital, al norte. La región es surcada por una compleja cadena montañosa de la que forman parte los volcanes Popocatepetl e Iztaccihuatl; si tú vives cerca de ese rumbo o si has paseado por ahí, con toda seguridad los habrás visto. Entre una montaña y otra hay grandes extensiones de terreno plano que se llaman valles. El agua que escurre de estas montañas forma riachuelos de grandes y pequeños cauces que desembocan en tres grandes ríos: el Pánuco, Balsas y Lerma. El clima en esta región es frío.



Cuando José María nació, el Estado de México era una zona agrícola, sus habitantes también se dedicaban al comercio de distintos productos que variaban según la región. Así, Tultepec producía pulque; Tlalnepantla, sal y loza; Naucalpan, hilaza y carbón, y Temascalcingo, rebozos, los que le dieron fama.

UNA FAMILIA DE ARTESANOS

Los padres del pequeño José María fueron Felipe Velasco y Antonia Gómez Obregón. Ambos se dedicaban al oficio de hacer rebozos. Su familia, como muchas otras del pueblo, los fabricaba siguiendo todo el proceso de tejido: desde torcer el hilo (enredarlo en una madeja) hasta la terminación de la prenda. José María observaba, lleno de curiosidad, todo el procedimiento.

Lo que más le intrigaba era el teñido de la seda y el algodón, textiles con los que se siguen elaborando. La magia de los colores le fascinaba: púrpuras, rojos, azules, y cada nuevo tinte que transformaba las pálidas

madejas del algodón, llenándolas de vida. Los ojos claros de aquel infante de rostro pálido brillaban de alegría ante ese espectáculo iridiscente.

Apenas tuvo la edad suficiente, el inquieto José María quiso aprender a tejer. Desde ese momento, mostró una gran habilidad manual. Cuando se ponía a trabajar en el telar, sus pequeñas manos parecían volar.

LA ÉPOCA EN QUE VIVIÓ

La niñez y juventud de José María Velasco transcurrieron en una época de mucha agitación política para México. Cuando él nació, nuestro país era una joven nación libre, ésta desde que se independizó de España, enfrentó el problema de elegir la forma de gobierno con la que debía regirse. Las pugnas internas surgieron debido a la existencia de distintos grupos que lu-



chaban por imponer el sistema de gobierno que juzgaban más adecuado a sus ideales.

Los conservadores querían una monarquía, es decir, que la autoridad quedara en manos de un rey. Los liberales, en cambio, pensaban que lo mejor era una República encabezada por un presidente (Poder Ejecutivo) y fundada en dos poderes más: el Legislativo, se encargaría de promulgar las leyes, y Judicial, dedicado a la impartición de la justicia.

Cuando las circunstancias demostraban que la única forma factible de gobierno era la República, se generaban nuevas divisiones, esta vez entre centralistas y federalistas. Los centralistas sostenían que las decisiones de los gobiernos de los estados debía tomarlas el presidente. Por su lado, los federalistas pensaban que cada estado debería asumirlas por sí mismo.

Había tal confusión en México a causa de las luchas internas, que el país no pudo enfrentar dos intervenciones extranjeras. La primera aconteció



entre 1846 y 1847, siendo el ejército de Estados Unidos de Norteamérica el invasor, y cuyo resultado final fue la pérdida de casi la mitad de nuestro territorio. La segunda fue en 1861, cuando Francia trató de imponer un imperio dirigido por Maximiliano de Habsburgo. Él permaneció en México de 1864 a 1867, año en que fue derrotado por las fuerzas leales a Benito Juárez.

Durante esta etapa, tan difícil en la historia de México, creció y se formó nuestro personaje.

EL INSTITUTO LITERARIO

José María aún jugaba con su hermano Ildelfonso, corrían por las calles de Temascalcingo, cuando sus padres decidieron mandarlo al Instituto Literario del Estado de México, cuya sede se localizaba en Toluca. Ahí, pronto se convirtió en un jovencito muy formal que iba a la escuela a estudiar para agrimensor. Los agrimensores son los técnicos encargados de medir terrenos, valiéndose de diversos instrumentos para calcular la distancia de un punto a otro sin importar los desniveles naturales del suelo.



José María nunca se opuso a que lo enviaran a la escuela, porque descubrió que todo lo que tenía que ver con la ciencia le interesaba profundamente. En el instituto cursó materias como matemáticas, geometría, mecánica y principios de arquitectura. Además, ingresó al taller de dibujo. ¡Qué placer sentía al estar frente a una hoja blanca! Con trazos rápidos y seguros, dibujaba jarrones, frutas, rostros o cualesquier objeto que sus maestros lo pusieran a copiar. Fue en ese taller donde supo que, pasara lo que pasara, él tendría que dedicarse a la pintura.

UN SALTO AL SALTO

Aunque la familia de José María era próspera, su padre fue convencido por sus hermanos, residentes en la ciudad de México, de que dejara Temascalcingo y se asociara con ellos. Felipe Velasco, el padre, pensó que su suerte podría mejorar en la capital, por ello se

decidió a probar fortuna. Cerró el negocio que tenía y emprendió el viaje a la capital en compañía de su familia.

A su llegada, encontraron que la ciudad estaba a punto de ser ocupada por el ejército norteamericano. Por esta razón se dirigieron a San Pedro Azcapotzaltongo, donde vivía un familiar, a esperar que la situación se regularizara. Finalmente, se establecieron en esta ciudad en 1849, en casa del hermano de su padre, Guadalupe Velasco. La casa del tío de José María se encontraba muy cerca de Salto del Agua, este lugar se llamaba la Casa del Baño de los Pescaditos y se ubicaba sobre la calle de Don Toribio Núm. 11, hoy Fray Servando Teresa de Mier, entre las calles de Bolívar e Isabel la Católica.



DE REBOCERO A PINTOR

Al llegar José María a la ciudad, ingresó al colegio lancasteriano de Santa Catalina Mártir, más adelante se cambió a otro perteneciente a la misma sociedad, pero más cercano a su domicilio.

Fue una mala época para el país y, en especial, la ciudad de México, ya que después de haber padecido una invasión, fue azotada por una epidemia de cólera. Los padres de José María también se contagiaron, su madre sobrevivió, pero no así el padre.

Cuando él terminó sus estudios en la escuela lancasteriana, se vio en la necesidad de trabajar, elaborando rebozos, en la empresa familiar, negocio que, muertos sus progenitores, quedó en manos de sus tíos. El inquieto adolescente se aburría mucho porque ya no le interesaba esa actividad y para animarse dibujaba cuando nadie lo veía.

Cierto día, un amigo de su tío se enteró del enorme gusto que sentía José María por el dibujo. Como el mu-

chacho le simpatizaba, le ofreció presentarlo en la Academia de San Carlos, donde se enseñaba pintura.

José María pidió permiso a su tío para que lo dejara tomar algunas clases; así, a lo largo de tres años, trabajó tejiendo rebozos durante el día y por las noches practicaba las técnicas de dibujo.

Finalmente, su deseo de convertirse en pintor fue más fuerte que la oposición de su tío; vencidos ya los obstáculos, asistió, en 1858, a la Academia de Bellas Artes de San Carlos como estudiante regular.

EN SAN CARLOS

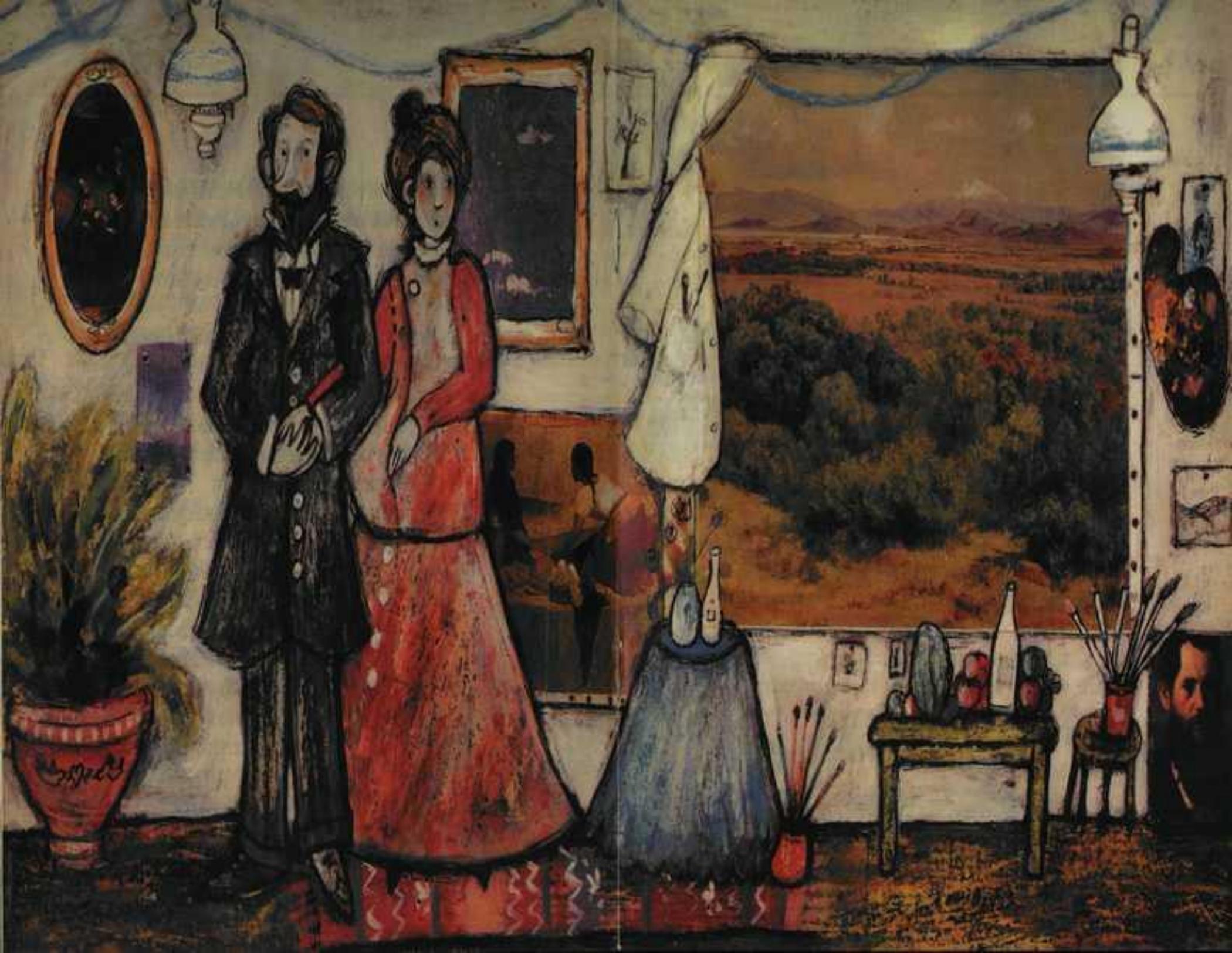
El joven Velasco tuvo como maestro a Eugenio Landesio, un italiano dedicado a pintar paisajes. Éste reconoció desde el principio el extraordinario talento de José María, como se aprecia en las siguientes palabras:



... los primeros días que estuvo en mi clase advertí la gran capacidad que tenía, la que iba acompañada de una grande dedicación y, desde luego, concebí la esperanza que siguiendo así sería el que más honor diera a mi escuela

Landesio no se equivocó. La Academia de San Carlos organizaba un concurso cada año entre los alumnos para ver quién había realizado el mejor cuadro. José María ganó el certamen al poco tiempo de haber ingresado a la misma, después lo lograría consecutivamente año tras año.

A pesar del éxito de sus estudios, la vida no era fácil para el pintor. Se había casado con la señorita Luz Sánchez Armas y la responsabilidad de mantener su hogar empeoró su situación económica. Por esta razón, estuvo a punto de abandonar la escuela en más de una ocasión. Sin embargo, Landesio lo convenció de no hacerlo.



La suerte del joven cambió cuando ganó un concurso mediante el que la Academia le otorgó una pensión para sostenerse mientras estudiaba. Este ingreso fijo le permitió dedicarse a pintar sin preocupaciones. Estaba tan feliz de poder hacer lo que tanto le gustaba que su carácter mejoró. Aunque en apariencia era muy serio, ya en confianza era alegre y generoso. En una ocasión, al estar platicando con un nuevo amigo, le dijo:

—Usted ha de haber creído que yo tenía la cáscara muy amarga.



VELASCO Y LA CIENCIA

En 1865, José María Velasco recibió de la Academia de San Carlos cierta cantidad de dinero para la realización de un viaje a Peña Encantada, paraje cercano a Cuautitlán. Durante el recorrido, hizo varios bosquejos, es decir, dibujos que le servirían de base para plasmar nuevos cuadros cuando regresara a su estudio.

Al poco tiempo, lo invitaron a participar en una expedición financiada por el emperador Maximiliano. Este proyecto tenía como propósito explorar la región de Huauchinango y la Mesa de Metlatoyuca. Entre los asistentes iban varios científicos, además de Velasco y Luis Coto, quien era otro alumno de Landesio. Velasco realizó dibujos de la naturaleza y de algunas piezas prehispánicas encontradas en la región.

El artista se entusiasmó tanto con todo lo que vio durante el viaje, que tan pronto regresó se inscribió en las clases de zoología (el estudio de los animales) y botánica (el estudio de las plantas), impartidas en la Escuela de Medicina. También cursó la materia de anatomía humana (el estudio de las partes del cuerpo) en la propia Academia de San Carlos. El interés por la ciencia fue constante en la vida de José María Velasco. Al cabo del tiempo, llegó a ser miembro de la Sociedad Mexicana de Historia Natural, además de que publicó una revista, *La Flora en el Valle de México*, ilustrada por él.



SE COMETE UNA INJUSTICIA

Hacia ya diez años que Velasco había ingresado a la academia, y sus avances, dedicación y talento, lo situaban en un nivel académico superior al de sus compañeros. En 1868, lo nombraron profesor de perspectiva, materia importantísima para los pintores, ya que gracias a ésta se crea la ilusión de que los objetos reproducidos son como en la vida real, es decir, tienen volumen o cuerpo.

No obstante el talento del pintor, en 1874 se presentó una situación muy injusta para él. Landesio, su maestro, dejó la academia, quedando vacante la clase de paisaje.

Muchos pensaron que el indicado para ocupar el lugar del italiano era Velasco, su brillante alumno. Sin embargo, no sucedió así. Para éste, no toda su vida fue de premios y aplausos, también había sido criticado con dureza; lo atacaban por los temas de sus pinturas, pues su calidad artística nadie pudo cuestionarla jamás. Su principal crítico fue el célebre escritor y periodista Ignacio Manuel Altamirano, quien influyó para que le otorgaran la cátedra a otro pintor: Salvador Murillo.



EN LAS FALDAS DEL TEPEYAC

Decepcionado por aquel incidente en la academia, Velasco decidió irse a vivir a la Villa de Guadalupe, en compañía de su esposa e hijos. En aquel tiempo, ese lugar se localizaba en la periferia de la capital, por ello no había muchas casas, ni el bullicio característico de una ciudad. Ahí trabajó libremente; subió al cerro del Tepeyac, montó una tienda de campaña, desde donde pintó los célebres paisajes del Valle de México. Era el año de 1873.

Fueron muchas las veces que el paisajista mexicano tomó el valle como tema para sus cuadros. En 1875, lo plasmó de nuevo en uno que es considerado por muchos expertos su obra más importante. Con una visión "como de águila" pintó el cerro Gordo, el del Tepeyac, la Villa de Guadalupe, la ciudad de México, la serranía del Ajusco, el lago de Texcoco, los volcanes Popocatepetl e Iztaccihuatl.

Velasco reprodujo la grandeza del paisaje mexicano por la prodigiosa sensibilidad que poseía, su capaci-

dad de representar con imágenes poéticas la realidad geográfica del país y por los conocimientos técnicos que dominaba perfectamente: éstos le ayudaron en la medición, el cálculo y la proyección de sus líneas para lograr en sus cuadros un horizonte muy amplio.

Cuando Landesio contempló uno de los cuadros de Velasco, exclamó: "Nada mejor se puede hacer después de esto". Al año siguiente, José María presentó su obra en la exposición del Centenario de Filadelfia, Estados Unidos, donde fue premiada. Para él, como para todos los mexicanos, era motivo de orgullo el que México participara en los certámenes de la cultura universal. Por esta razón, adquirió la costumbre de firmar algunos de sus cuadros de esta manera: "José María Velasco, mexicano".

A su regreso de Filadelfia, le solicitaron que se encargara de la cátedra de paisaje en la Academia de San Carlos.



MÉXICO SE ESTABILIZA



Veamos lo que sucedía en México en 1876, año en que Velasco recibió el premio de Filadelfia. Un acontecimiento importante de la época fue el ascenso al poder del general Porfirio Díaz, así se iniciaba una nueva etapa en la historia de México. El general Díaz permaneció en la Presidencia 30 años, durante los que se lograron enormes progresos materiales, desde la construcción de vías para los ferrocarriles hasta el embellecimiento de la ciudad de México con majestuosas avenidas, entre las que destaca el Paseo de la Reforma.

A pesar de estos avances, no todo andaba bien en el país: la riqueza estaba mal distribuida; unas cuantas familias vivían con todos los lujos inimaginables en tanto la gran mayoría no tenía ni lo más indispensable. Al mismo tiempo, era injusto que únicamente Porfirio Díaz y sus colaboradores tomaran las decisiones políticas de la nación. El descontento fue en aumento hasta que en 1910 estalló la Revolución que buscó acabar con tales injusticias.

Mientras llegaba ese acontecimiento, José María Velasco vivió sus años de madurez en un México más tranquilo, que ocultaba tras esa calma aparente los factores reales que originarían la Revolución Mexicana. Velasco sólo pudo presenciar el comienzo de este proceso de cambios.

EL PINTOR SURCA EL OCÉANO

Durante el gobierno de Porfirio Díaz, el prestigio de Velasco se hizo internacional. En 1889, Francia organizó la Exposición Internacional de París, en ésta participaron los pintores más destacados del mundo.

Velasco fue nombrado representante de México y, en compañía de su hijo mayor, Francisco, abordó el barco que lo llevaría hasta ese lejano país europeo.



Los cuadros de Velasco fueron muy bien recibidos: todos los espectadores se maravillaban de la grandiosidad del paisaje mexicano y de la maestría con que fueron realizados. Como reconocimiento a su calidad artística, los franceses lo nombraron *Caballero de la Legión de Honor*. Al respecto, en una carta del 8 de noviembre de 1889, escribió a su esposa:

Estoy muy contento de haber recibido este premio, se nos recompensa sagradamente el gran sacrificio de haberme separado de mi familia, y que tanto me ha hecho sufrir. Yo me he animado con esta condecoración y pienso seguir estudiando para adelantar y hacerme digno de la condecoración con que se me ha honrado.

En Francia, tuvo la oportunidad de conocer la obra pictórica de los impresionistas, artistas que pintaban de una manera completamente distinta a la suya. Para ellos, lo importante no era copiar los objetos tal y como se

veían en la realidad, sino más bien plasmar la impresión que causaban al ojo.

En sus cuadros se distingue la luz, la forma y el color, pero no los detalles. El artista mexicano se interesó por este enfoque e incluso pintó algunos cuadros siguiendo los preceptos impresionistas, pero eso no cambió su estilo de pintar.

Velasco y su hijo recorrieron algunos países de Europa: Inglaterra, Italia, Alemania y España, visitaron sus museos para conocer las obras de arte que a lo largo de los siglos han producido sus pintores.

Sin embargo, Velasco nunca llegó a sentirse completamente a gusto en Europa, ya que extrañaba demasiado a su familia y país. Acerca de esta nostalgia escribió a su esposa: "Me han aconsejado que haga mucho ejercicio para que me distraiga y así no piense en mi familia".

LA FERIA MUNDIAL DE CHICAGO

Velasco regresó a México, pero no pasó mucho tiempo antes de que tuviera que interrumpir nue-

vamente sus actividades diarias para salir del país. Partió rumbo a Estados Unidos para exponer sus cuadros en la Feria Mundial de Chicago. Su estancia en aquella ciudad la disfrutó aún menos que la de Filadelfia, pues el lugar no le gustó. En una carta se quejaba:

No conocemos aún el cielo porque siempre Chicago está lleno de nublado y lloviznando. El aire helado es lo que más molesta. La comida americana que me dan aquí en la casa es insoportable.

Fuera de esos inconvenientes, sus obras, al igual que en Europa, fueron premiadas.



LAS DOS CARAS DE LA MONEDA

Pasaron los años y nuestro personaje envejeció. Con su larga barba, ya blanca por las canas, y cierta dificultad para caminar, el pintor Velasco recibió

en 1902 una nueva condecoración: La Cruz de Francisco José, otorgada por el emperador de Austria.

José María se alegró porque esa distinción representaba un reconocimiento a los enormes esfuerzos realizados a lo largo de toda su vida por pintar cada vez mejor. Aceptó el premio con mucha modestia, entre muchas otras cualidades, el maestro tuvo la virtud de no envanecerse por sus logros. Lamentablemente, en ese mismo año sufrió un ataque al corazón, motivo que lo hizo dejar las clases en la Academia de San Carlos.

MURIÓ CON EL PINCEL EN LA MANO



El deseo de seguir pintando hizo que José María Velasco se recuperara relativamente pronto del infarto sufrido para continuar con ahínco en su trabajo durante diez años más. En 1912, a los 72, falleció en su casa de la Villa de Guadalupe.

EL PINTOR POR EXCELENCIA: LOS PAISAJES, LA HISTORIA Y LA NATURALEZA

José María Velasco fue un pintor que plasmó en su obra como nadie el maravilloso paisaje mexicano. El Valle de México fue el tema recurrente, aunque no se olvidó de los alrededores de la ciudad, ni de diversos sitios de la provincia como Orizaba, Jalapa, Querétaro y Oaxaca.

A él no le preocupaba el tiempo que le llevaba la realización de sus cuadros, realmente lo importante era conseguir el efecto deseado. En sus paisajes no sólo destacaba lo grandioso, sino también lo pequeño; en muchos de éstos incluyó figuras diminutas: personas, animales, fogatas.

A través de una perfecta combinación de matices, fue capaz de pintar... ¡hasta el aire! En cuanto a los colores, prefirió en general los tonos fríos como el azul, rosa pálido y blanco.

Velasco pintaba, en ocasiones, un solo aspecto de la

naturaleza. Así, por ejemplo, en varios de sus cuadros aparecen cascadas, en otros rocas, tepozanes, o bien árboles de aromáticas flores, tan características de México.

Algunos otros reflejan el interés del artista por la historia, en particular por la época Prehispánica. Pintó las pirámides del Sol y la Luna en Teotihuacan, y el baño de Nezahualcóyotl. Existen además varios dibujos de ruinas prehispánicas que hizo durante algunas de sus excursiones.

Por último, debemos mencionar que realizó las ilustraciones para los *Anales del Museo Nacional de Arqueología*, revista especializada en el estudio de los vestigios de las civilizaciones antiguas.

La ciencia, como recordarás, fue muy importante para Velasco. Durante sus años de madurez hizo varios cuadros de grandes dimensiones para el Instituto de Geología. El tema fue la evolución de la vida en el mar y la tierra. En verdad, se aprecia tanto su interés por la ciencia como su enorme conocimiento en la materia.

Para concluir esta biografía, nada mejor que hacerlo

con las palabras del destacado pintor mexicano Diego Rivera, uno de sus más distinguidos alumnos:

Velasco creó un mundo plástico nuevo. Si la pintura es color y si el pintor es aquel que se expresa básicamente por medio del color, entonces José María Velasco será y lo es, señores, por su propia grandeza de creador, El Pintor por Excelencia, con [quien] la pintura más 'moderna' aún no alcanza a tener conexión.





Secretaría de Gobernación
Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana